

Vanessa Lemm (editora). *Michel Foucault: neoliberalismo y biopolítica*. Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2010.

La colección de ensayos compilada por la profesora Vanessa Lemm, directora del Instituto de Humanidades de la Universidad Diego Portales, constituye un aporte ineludible al entendimiento de la obra del filósofo francés Michel Foucault. El volumen colectivo incluye contribuciones de académicos provenientes de universidades latinoamericanas, europeas y norteamericanas, y centra su análisis en las implicancias de los cursos que el pensador francés dictara en el Collège de France entre los años 1977 y 1979. En dichos cursos, Foucault problematiza nuevas formas de gobierno y administración de la vida biológica de las poblaciones y analiza la relación entre biopolítica y liberalismo.

La primera sección del libro está dedicada a “La gubernamentalidad neoliberal” y combina desarrollos teóricos del concepto de biopoder con aplicaciones del marco teórico foucaultiano a casos concretos: el gobierno de la extrema pobreza en Chile; la politización de la enfermedad propiciada por organizaciones de pacientes en Chile y Francia; y las prácticas de control y disciplinamiento de la juventud en el caso chileno. Los aportes conceptuales de Didier Fassin, Flavia Costa y Pablo Esteban Rodríguez (los últimos en coautoría) destacan nuevas formas de biopoder. Fassin invita a pensar la prioridad de la vida en sí sobre la vida política de los sujetos, basándose en casos de dictadores y criminales de guerra (Pinochet, Papon, Barth) que se escudaron en su delicado estado de salud para evadir el cumplimiento efectivo de la pena. Costa y Rodríguez, por su parte, nos alertan sobre nuevas configuraciones del biopoder en el capitalismo financiero y mediático-comunicacional, destacando en particular el efecto de los cuerpos imaginados del *fitness* y la episteme que emerge alrededor de la información genética. Los estudios de caso aportados por Carolina Rojas Lasch, Michaela Mayrhofer, Hernán Cuevas Valenzuela y José Molina Bravo confirman el potencial de las categorías de Foucault para interpretar críticamente nuestra experiencia política cotidiana. Rojas Lasch analiza el programa Chile Solidario-Puente y la “producción social y política de los extremadamente pobres” (54). Lasch disecciona hábilmente, por un lado, la creación de la extrema pobreza como categoría y, por otro, el carácter performativo de la acción estatal que incita a los individuos “a objetivar su condición de extremadamente pobres” (68). Mayrhofer y Valenzuela, por su parte, discuten el surgimiento y accionar de los Movimientos Sociales de Salud, en particular de la Asociación Francesa de Miopatías y de Vivopositivo (Chile). Estos movimientos de pacientes ejercen un tipo de ciudadanía biológica que, a través de una politización de la enfermedad, opera en tensión con el “régimen de verdad biomédico” (87). El texto de Molina Bravo aporta al entendimiento de las políticas estatales destinadas al control y disciplinamiento de los jóvenes y adolescentes, en especial a aquellos que han sido infractores de la ley. Molina Bravo sugiere que al tutelar al joven y construirlo como vulnerable, las instituciones estatales producen una “anulación de las experiencias de los sujetos” (136).

La segunda sección, “Neoliberalismo, economía, ley”, incluye contribuciones de Marcos García de la Huerta, Miguel Vatter y Natalia Ortiz Maldonado. García de la Huerta advierte acertadamente que en sus cursos, Foucault se refería a la versión

alemana del neoliberalismo (economía social de mercado u ordoliberalismo) y no a la versión decididamente anti-keynesiana impulsada por los Chicago *boys* en Latinoamérica. De la Huerta sostiene que es con esta segunda forma de neoliberalismo que “la razón económica [...] adquiere un carácter total: el mercado se convierte en un nuevo poder soberano, una forma de poder transnacional” (195). El texto de Vatter vira el foco desde una discusión de la economía neoliberal hacia el análisis de los fundamentos de la ley en la gubernamentalidad neoliberal. Según Vatter, Foucault reconoce una antinomia entre la ley y el orden que el neoliberalismo intenta superar integrando la primera en el segundo. Esta integración tiene como objetivo, afirma Vatter, cortar “a la ley de sus raíces en la autoorganización política de un pueblo” (212), al tiempo que la “legislación se vuelca a incrementar las funciones de policía y de ‘law enforcement’” (212). Vatter sostiene que, en última instancia, Foucault debe retornar a una tradición republicana que es respetuosa de esa antinomia, pero que asimismo ofrece recursos para propiciar un nuevo “dominio de sí mismo” (214) en la época del biopoder. El texto de Ortiz Maldonado está animado por una preocupación cercana a la de Vatter: la noción de libertad en la época del biopoder. Al igual que Vatter, Ortiz Maldonado detecta una tensión no resuelta entre la libertad concebida como ausencia de disciplinamiento y la libertad entendida como afirmación de sí, y como creación de nuevas formas de vida. Sin embargo, y en tensión con el texto de Vatter, Ortiz Maldonado ve en Foucault no tanto un giro hacia la antigüedad clásica y su noción de libertad, sino un desvío que permite reafirmar a la modernidad como *ethos* crítico “donde el pensamiento se vuelve sobre sus propios límites y excesos” (239).

En la tercera sección, titulada “Los nuevos dispositivos de la seguridad”, Thomas Lemke centra su análisis en la producción de “peligro e inseguridad” como “condiciones esenciales y efectos positivos de la libertad liberal” (255). Para Lemke, puesto que el liberalismo nutre al peligro, la seguridad nunca puede ser garantizada porque tanto ella como “el peligro de la inseguridad son aspectos complementarios de la gubernamentalidad liberal” (255). En este contexto, arriesgarse deviene virtud pública y la crítica una empresa peligrosa pero imprescindible para “contribuir a la constitución de nuevas subjetividades y a normas alternativas que ofrezcan más espacio para la autonomía y [...] la afirmación ética” (266). El texto de Frédéric Gros también se aboca a la cuestión de la seguridad, pero lo hace desde una perspectiva genealógica. Gros reconstruye cuatro edades de la seguridad: la seguridad espiritual o ataraxia; la seguridad de los imperios; la seguridad provista por una pluralidad de estados soberanos; y la seguridad biopolítica. Para esta última, afirma Gros, lo sagrado “no es ya la soberanía del Estado”, sino “la vida del individuo” (285). Frente a la necesidad de asegurar la vida individual, fenómenos diversos como “las catástrofes naturales, las epidemias, los atentados terroristas, las guerras civiles [...] los trastornos climáticos, la pobreza o el desempleo” (289) aparecen indiferenciados bajo el concepto de “seguridad global”. Precisamente frente a ese panorama despolitizado de la seguridad se enfrenta el texto de Friedrich Balke, que interroga los fundamentos de la revolución entendida, a través de Arendt, como acto constituyente de la libertad. Balke detecta con agudeza una contradicción entre el célebre rechazo de Arendt a la entrada de los pobres, como imagen de la mera necesidad, a la escena de la Revolución Francesa y su caracterización de

la “potencialidad de la constitución revolucionaria” (307) en términos de “natalidad”. Balke sugiere que si bien en ambos casos Arendt alude a una idea de vida desnuda o natural, en el caso de la pobreza esa vida es caracterizada como despolitizante, y en el caso de la natalidad, como genuinamente política. En última instancia, Balke sugiere que las categorías de Arendt no pueden escapar al horizonte biopolítico “a pesar de que, al mismo tiempo [Arendt] lo critique” (312-313). El texto de Camargo Brito también interroga la tensión entre una concepción despolitizante del manejo de poblaciones y la posibilidad de “llegar a ser pueblo” (315) en Foucault. Camargo Brito se pregunta hasta qué punto las contra-conductas auspiciadas por Foucault, en tanto prácticas de resistencia o revuelta, pueden escapar al campo de inteligibilidad del poder pastoral en que se inscriben. En otros términos, ¿está Foucault en condiciones de concebir un cambio radical a partir del cual la existencia misma de contra-conductas podría devenir innecesaria? El texto de Mauricio Berger no se interroga sobre la posibilidad de tal cambio radical, sino que pretende articular la relación entre las nociones biopolíticas y la lucha por derechos concretos. A partir del caso de un colectivo de mujeres autoorganizadas en Ituzaingó (provincia de Buenos Aires) que realizan denuncias y acciones en defensa del derecho a la vida frente a los efectos de la contaminación ambiental en la zona, Berger identifica recursos para una política de autodefensa frente al abandono estatal y el incumplimiento de la ley.

La cuarta y última sección del libro se titula “La biopolítica afirmativa: productividad y creatividad de la vida” y reúne textos de Vanessa Lemm, María Muhle y Francesco Paolo Adorno. El texto de Lemm propone una original “continuidad entre vida humana y animal” como “fuerza de resistencia al proyecto de dominación y control de los procesos vitales” (365). Si bien Lemm halla esbozos de esta continuidad en Foucault, es Nietzsche quien ofrece mayor resistencia a la asimilación de la animalidad del hombre a la vida de la especie, socavando asimismo los cimientos de toda ideología totalitaria. El texto de Muhle también indaga sobre el concepto de vida en Foucault y ofrece una iluminadora discusión de la relación entre vida y biopolítica. Muhle aboga por una comprensión dinámica de la vida que no puede ser representada meramente como vida desnuda, despojada de cualidades, ni como fuerza vital afirmativa con poder de ruptura de las técnicas disciplinarias. Más allá de Agamben y Deleuze, entonces, Muhle propone entender la biopolítica de Foucault como refiriéndose a la vida de manera doble: “no solo como su objeto sino también como su modelo de funcionamiento” (419). En otras palabras, para Muhle: “las normas biopolíticas no solo se aplican a fenómenos de la vida, sino que además mimetizan su dinámica” (420). El texto de Adorno que cierra el volumen alerta sobre la imbricación entre biopolítica y tanatopolítica y nos recuerda que la biopolítica no solo hace vivir sino que “no puede ignorar la necesidad de sacrificar a una parte de la población” (443). El desafío para Adorno es entonces morir con dignidad, recuperando el valor político de la muerte y su capacidad para “dar forma a la existencia” (451).

DIEGO ROSSELLÓ
Universidad Católica de Chile
drossello@uc.cl